



EN LA INAUGURACION
DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
DE MÉXICO.

Región de eterna luz, piélago inmenso
Que atraviesa el espíritu infinito
Para llegar á Dios; rasga tu velo,
Y deja que mi cántico bendito,
Como ave complacida en el espacio,
Se meza dulce recorriendo el cielo.

El alma es el valor: cuando yo siento
Que la gran creación en mi alma cabe
Y no acierta á medir el firmamento;

Cuando me aterra el mar, y la luz pura
A la espalda del sol se desvanece
Y en vuestro eterno hervor de astros sin cuento
Como átomo perdido desaparece. . .

Entonces grito ¡Dios! El horizonte,
Retrocediendo al poderoso grito,
De la vista espantada se retira,
Y anonadada el alma reverente
Exclama: ¡El infinito!. . . ¡El infinito!
Al sólo percibir un tenue rayo
De la aureola del Sér Omnipotente.

Tú que le diste con tu mano amiga
Su trasparente túnica á la aurora,
Tu dulce aliento al cóncavo vacío,
Sus rayos de oro á la fecunda espiga,
Su música apacible al manso río;
Da á mi canto, Dios mío,
Tal luz, tal vibración, tanta armonía,
Que haga reverberar bajo tu amparo
El nombre amado de la patria mía. . .

Yo no sé si fué ensueño; mas yo he visto
Surgir como en un piélago infinito
Una llama, otra llama, otras sin cuento,
Y aisladas levantarse revestidas

Del iris ostentando los colores.
Sopló impetuoso el viento,
Y las llamas entonces confundidas
Tornáronse ancho mar que envolvió ardiente
La tierra y el excelso firmamento.

¿Qué es lo que miro? dije, y voz potente
Respondió: es la alma humana
Que surge de la muerte, que luciente
Se adhiere, se confunde, y en su esencia
Forma ese mar de luz en que domina
Sublime la *Suprema inteligencia*.

Dios es la eterna luz; el hombre, prisma
En que el iris ostenta su tesoro;
Porque el prisma se rompa ¿la luz pura
Deja de contener en sus entrañas
La púrpura y el oro?

Espíritu de Dios, tú que agitaste
Los átomos sin fin en remolino,
Y al desparcirse en el espacio inmenso
Quedaron reluciendo las estrellas,
Polvo de tu magnífico camino,
Convertiste el eterno firmamento
En registro esplendente de tu gloria.

El hombre á la memoria
 Su tránsito fugaz encomendaba,
 Y la ola vagabunda de su historia
 Otra ola indiferente la borraba.
 Ansiando lo inmortal en loco anhelo
 Procuró detenerse el pensamiento,
 Y al estrellarse en su girar violento
 Al pié de la pirámide y el muro,
 Se estampó el geroglífico luciente,
 Huella de los recuerdos de la mente,
 Y se vió luz en el pasado oscuro,
 Y luz de aurora iluminó el futuro.
 Era el gesto, era el grito, era ¡oh mortales!
 La historia que en su cuna sonreía
 Y dando de su vida las señales
 En brazos de la piedra balbucía.

Del tiempo vino la voraz corriente;
 El arco, la columna, el alto templo
 Se tornaron en ruinas,
 Y hoy en ellas la ciencia deletrea
 La historia de los Budas peregrina,
 Los misterios de Egipto y de Caldea.
 En tanto, anciano de cabellos blancos,
 Profusa barba, con el pié desnudo
 Y los ojos sin luz, como mendigo,

Con el hombro de un niño por apoyo,
 Cruzaba el mundo el inmortal Homero.
 Mas su labio se abría,
 El pueblo en su redor se congregaba,
 De sus acentos se formaba día,
 Su hermosa faz radiaba,
 Y de su canto armónico surgía
 Un mundo, creación que embelesado
 El genio de los griegos repetía,
 En tanto que en su frente relucía
 La luz indeficiente del pasado!!
 Y fué la tradición. . . y el libro vino
 Fijando en el papyrus su memoria,
 E hizo del pensamiento su victoria
 La encarnación de Guttenberg divino!

¿Qué es el libro? ¿Qué expresa? ¿Qué excelencia
 Representa en el mundo de la mente,
 Flor bella de la humana inteligencia?
 Es lámpara radiosa en que la llama
 Inmortal vive de la humana idea;
 Es búcaro sagrado que contiene
 Perfumes del espíritu del hombre
 Que del tiempo fugaz se enseñoorea;
 Es la nube que encierra silenciosa
 El rayo destructor, que cuando truena,

La humanidad se eleva victoriosa
 Y arranca de su cuello la cadena;
 Es mágica mansión en que palpamos
 Triunfantes del olvido
 El cálculo sutil, la augusta ciencia,
 El delirio, y el gozo, y el gemido,
 Y el grito aterrador de la conciencia.
 ¡Oh! Dios se mira aquí, que aquí radiante
 La humanidad encierra su esperanza;
 De aquí brota en acento inextinguible
 El hosana inmortal en su alabanza.

El hombre aquí cual geólogo atrevido
 Indaga, exhuma, estudia y analiza
 Las faces todas del Señor increado;
 Compone audaz y desbarata mundos,
 Y al porvenir arranca sus secretos
 Al frente del cadáver del pasado.
 Precioso semillero
 De la mente feliz que le cultiva
 A su influjo florece,
 Y calentada por su lumbre viva
 Se multiplica, y se alza, y resplandece.
 De rica sangre poderosa vena
 Que en el dudoso porvenir consume
 Mística trasfusión y vida ardiente,

Trasmitiendo del arte y de la ciencia
 De ola en ola la luz indeficiente.
 Pan de las almas que propicio alienta,
 Y los grandes instintos acaricia
 Y las nobles pasiones alimenta:
 Del pueblo rey inagotable fuente
 De libertad sagrada y de justicia.

Es el pasado campo misterioso
 Visto á la luz de la apacible luna,
 Que guarda en su recinto silencioso
 Las ruinas del dolor y la fortuna.
 Allí el gemir del infeliz esclavo;
 Allí los instrumentos de tortura;
 Allí arrastrando en la lujuria impura
 La beldad el magnífico cabello;
 Allí el fuerte oprimiendo con su planta
 Le'l pueblo vil el doblegado cuello. . . .
 Pero allí está Colón en la agonía
 De las ondas del mar sacando un mundo;
 Allí está Guttenberg de alas dotando
 Al pensamiento hundido en el profundo;
 Allí á la voz de Hidalgo brota un pueblo
 Que en la barbarie mísero gemía,
 Y que hoy desde la cuna del progreso
 Himnos entona al Hacedor del día.

Es el pasado amor. . . . Es el anhelo
 Del que buscaba el bien; es el martirio
 Del que pidiendo luz se hundió en la tumba,
 Del que iba á la verdad y halló el delirio.

Obreros del progreso ¿quién un canto
 Para vosotros digno produjera,
 Un canto que vengara vuestros manes
 Del dolor, la miseria, y el olvido,
 Y que quedara cual dosel precioso
 Sobre vuestras cenizas suspendido?
 ¡Ingratos! ¿renegais de ese pasado
 Que tanto amor encierra?
 ¿Qué no en su llanto fecundó la tierra?
 Los hombres que murieron batallando
 Con afanes prolijos,
 ¿No murieron clamando:
 Muramos por el bien de nuestros hijos?

Archivo de los siglos, grande alcázar!
 Que guarda del espíritu tesoros,
 Bendito quien te erige. . . . el que al ultraje
 Contesta del caduco continente
 Cuando al alma inmortal tributa culto:
 Contempla este festin y ve tu insulto
 Y prosigue llamándome salvaje. . . .

Ven, México, á la luz. En viva llama
 Del sol de gloria tornarése un día,
 Enriqueciendo de la patria mía
 Los lauros inmortales de su fama.
 Ven, México, á la luz. Manjar de vida
 Le brinda á la mortal inteligencia,
 La sagrada igualdad enaltecida
 Brilla en medio del arte y de la ciencia;
 Y en el taller del mísero artesano,
 Y en medio del alcázar opulento,
 Y en la ciudad, y en el hogar lejano,
 Harán sentir su influjo soberano
 Los frutos del saber y del talento.
 ¡Feliz poder el que afanoso cria
 Estos focos de bien y de esperanza!
 Pasarán la batalla y la victoria,
 Pasarán el perdon y la venganza,
 Y un solo libro digno de la gloria
 Perpetuará tu nombre y tu alabanza.

Templo de Dios, despierta; sonó la hora
 De tu resurrección: que te consagre
 El óleo santo de la nueva vida;
 Que atraviesen tus bóvedas suntuosas
 Los himnos sacrosantos del progreso;
 Que te acaricien con amante beso

Las almas silenciosas;
 Que se amamante en tu divino pecho
 En que palpita sangre mexicana,
 La dignidad humana,
 Y la paz, y el progreso, y el derecho.

GUILLERMO PRIETO.

Abril 2 de 1884.



EN LA INAUGURACION
 DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.

(Dedicada á mi buen amigo el Sr. Lic. Joaquin Baranda.)

ODA.

Ayer en este sitio se escuchaban
 Las preces del creyente,
 Que ante el altar postrándose de hinojos
 É inclinando la frente
 Hasta posarla humilde sobre el suelo,
 Buscaba de sus penas el consuelo
 Más allá de la tierra, en lo infinito
 Que su mirar no alcanza,